

Quién me iba a decir hace treinta y dos años, cuando estaba recostada sobre las humildes alfombras del hotel Pamir de Kandahar que aquella pacífica ciudad de Afganistán se convertiría un día en el punto más caliente del mundo. Kandahar a mí me curó el alma de muchos conflictos interiores, pasé allí todo un invierno.

Sus paisajes y sus gentes me acogieron, hice amigos, sobre todo amigas. Me conocían en muchas tiendas de bazar cuando salía a pasear vestida como cualquier joven europea, pero no me reconocían si andaba de incógnito cuando, por acompañar a mi vecina y amiga Shirin, y en consideración a ella, salía también cubierta de la cabeza hasta los pies con el, para mí, estrambótico chadrí, esa campana de tela fruncida con rejilla para poder ver. Shirin no había ido nunca por la calle con la cara destapada desde que era niña y me aseguró, cuando hablamos la primera vez de la posibilidad de salir juntas, que sería como ir desnuda si lo hiciera y que pasaría una vergüenza horrorosa. Como me parecía absurdo pasear con un fantasma decidí convertirme también en uno de ellos.

Nunca pensé que Shirin viviera mal. Conocí bien a su familia y su marido era una buena persona que la quería. De hecho pude comprobar que vivía mejor que muchas mujeres trabajadoras residentes en el suburbio de una gran ciudad industrial europea. El marido de Shirin iba a aportar una nueva esposa a la familia por aquellos días, todos estaban contentos, Shirin también. Con la nueva esposa ella tendría más poder dentro de la casa, ayuda en las labores caseras y en el cuidado de los niños y una nueva compañera con quien charlar y reír. Una casa en Afganistán no es como una casa en Barcelona y Shirin nunca pudo entender cómo no me moría de pena en un piso como una caja situado encima de otro y debajo de uno igual con ventanas que dan a otras ventanas. Lo mismo me decía Ayub Jan bajo una tienda hazara cerca de Bamián.

Después de Kandahar fue Kabul la ciudad que me acogió. Mis amigas afganas de la capital iban a la universidad y vestían como yo. Perteneían a una clase social ilustrada de pashtunes persanófonos del clan Mohamadzaí, al cual también pertenecía el rey. El país era pobre pero no mísero, excepto cuando había año de sequía; y los nobles y los ilustrados de Kabul no eran gente opulenta ni mucho menos. Estuve visitando Afganistán casi todos los años desde 1968 hasta 1977, casi diez años de relación intensa con aquel país.

Ahora mis amigos afganos, la extensa familia que me acogía y a los que considero como mi familia afgana, viven repartidos por diferentes países del mundo, separados, pues cada cual encontró refugio donde pudo. Sus problemas empezaron cuando el pro soviético primo del rey sardar Daud Jan, que no mantenía buenas relaciones con mi familia, perpetró el golpe de estado y lo destronó en 1973. A partir de aquel momento la suerte de los afganos empezó a deslizarse por el tobogán que los conduciría al desastre actual. Cuando los soviéticos invadieron el país casi todos mis amigos fueron encarcelados, hombres, mujeres y niños. Los que sobrevivieron a la cárcel y a las ejecuciones salieron del país de formas rocambolescas al ser liberados después de la retirada rusa. Algunos se acogen al estatuto de refugiados políticos, otros han rehecho su vida y se han integrado perfectamente en los países de acogida. Sus hijos ya tienen la nacionalidad del lugar donde viven, siguen hablando darí, y se casan con afganos, preferentemente con mohamadzaís. Nosotros los visitamos a menudo en Francia, Alemania y Estados Unidos y asistimos a sus reuniones donde se come y se bebe, se canta, se baila y, sobre todo, se discute de política.

Ellos también nos visitan algunas veces. Cuando nos llaman por teléfono anunciando el viaje yo comunico a mi familia ¡Qué llegan los afganos! Y lo hago medio asustada pues sé que vienen en tropel con los coches cargados de cazuelas, colchones y mantas, abuelos, abuelas, niños y niñas, y el piso no es grande. Mujer de poca fe, me digo, cuando a los pocos días de su llegada me encuentro formando parte de una tribu fantástica y compruebo, todas las veces con la misma sorpresa, su capacidad extraordinaria de montar un campamento incluso en un piso de Barcelona, campamento en el que todo funciona a la perfección, eso sí a la manera afgana. Los colchones se desenrollan por la noche y desaparecen apilados durante el día. Los té circulan humeantes desde la mañana hasta la noche. Nosotros vamos a trabajar o a estudiar y la intendencia de la casa queda en manos afganas. Incluso se hacen cargo de la cocina y, ¡cómo cocinan las mujeres y también algunos hombres afganos!. Por la noche, después de la cena, hay tertulia mientras los niños van cayendo dormidos por los rincones. ¡Nos queremos tanto! Yo tenía veintidós años cuando los conocí, es pues una amistad que dura ya toda una vida.

Estos días nos llamamos por teléfono y no sabemos qué decirnos, hace tantos años que su casa de Kabul, una casa con piscina donde muchos amigos de Barcelona nos visitaron, desapareció entre los escombros de los bombardeos.